



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ESTÉTICAS  
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	<b>BEATRIZ DE LA FUENTE</b>
SERIE	004: PREMIOS Y DISTINCIONES
CAJA	009
EXP.	045
DOC.	0001
FOJAS	1-7
FECHA (S)	o/f

El trabajo de Beatriz de la Fuente, ella lo ha dicho, tiene como núcleo una devoción; esto es, una suerte de fervor que se emparenta con el sentimiento religioso. Uno es el objeto de ese fervor: la realidad artística donde, en su verdad única, se revela el poder de la voluntad de trascendencia del espíritu de quienes, pasado y presente nuestro, nos precedieron como habitantes de este suelo, hasta el momento donde se consumó la conquista de la cual fueron víctimas.

Es una devoción creadora que ha tenido como multiplicada manifestación exterior el estudio y el esfuerzo incansables: en el libro, en el ensayo, en la cátedra universitaria, en la exposición magistral, mediante conferencias dictadas en los principales centros que en el mundo se ocupan en la estimación de nuestra más antigua cultura.

En diferentes lugares de México, en Texas, en Princeton, en Washington, en Nueva Orleans, en París, en Granada, en Bolonia, en Zürich, en Viena, la han escuchado; en México, en España, en los Estados Unidos, en Francia, en Italia, se ha publicado el fruto escrito de su trabajo. Y dondequiera que ha sido escuchada o leída, Beatriz de la Fuente ha obtenido el pleno reconocimiento de sus capacidades, y ha podido señalar caminos nuevos y más ciertos para la comprensión del asunto de sus devotas dedicaciones.

La historia del arte; el conocimiento de las obras de arte,

y la sistematización de ese conocimiento; la concepción de tales obras como un conjunto de iluminaciones; como una realidad reveladora, por entre la cual es posible un conocimiento profundo de lo humano; ya que, en mucho, somos sin duda producto del pasado, consagración al desentrañamiento del pasado, por medio de la investigación de tradiciones y cambios, a fin de preservar, para hoy y para mañana, los valores que sustentan y sustentarán por siempre la existencia del hombre.

Porque la más alta manifestación del espíritu de éste se condensa en sus creaciones, en los productos de su hacer artístico.

Ahora que el estudio de los restos arqueológicos de nuestro pasado indígena se ha venido entregando a manos extranjeras; en este país nuestro en el cual lo dicho en esa materia por autores extranjeros, se ha repetido como dogma incluso por nuestros mayores maestros; en donde muchas de nuestras zonas en exploración se ven convertidas en algo como colonias de otras gentes, se vuelve necesario, como quizá nunca lo había sido, emprender un modo de reconquista de aquello que por sangre y por cultura nos pertenece.

Dentro del análisis y el entendimiento de las creaciones plásticas de nuestros predecesores, Beatriz de la Fuente es, para nuestra fortuna, una de las primeras avanzadas de ese movimiento de reconquista.

Con artesanal humildad, ha dado raíz al vuelo de sus eleva-

das construcciones. Desconfiando de todo cuanto en sus campos se ha dicho —todo lo ha leído, lo ha estudiado todo, todo lo ha so- metido a crítica rigurosa—, ha llegado a su material de estudio libre de juicios previamente emitidos; la directa percepción vi- sual e intelectual, espiritual y táctil de cada uno de los obje- tos a que se refiere, ha sido el instrumento inicial de su tarea.

Y de esta manera, a través de minuciosas y delicadas aproxi- maciones a objetos particulares, ha ido creando un ingente con- junto, y ha visto que ese conjunto se ordena y resplandece a partir de un centro solo: la imagen del hombre.

En el primero de sus libros, La escultura de Palenque, des- cubre la inicial evidencia de tal cosa. La persistencia de la fi gura humana en los estucos que ilustran esa cumbre del arte de los mayas, la lleva a inventar un término que la defina en su conjunto: homocentrismo.

Y la misma cualidad definida por término tal, se le va re- velando de igual modo cuando estudia la plástica huasteca o la del occidente del territorio mexicano.

Pero es acaso en sus obras sobre la cultura olmeca —ese prodigio del espíritu surgido como de sí mismo entre selvas y pantanos—, es acaso en esas obras donde Beatriz de la Fuente confirma la validez de su visión: la presencia humana es descu- bierta por ella casi en cada objeto, en cada fragmento de obje-

to, hasta llegar a imponerse como principio y finalidad de todo. Las piedras, en la escultura olmeca, se humanizan; son hombres de piedra traspasada de vida espiritual.

Decía yo hace un momento, de la importancia que, en los terrenos del arte prehispánico, se concede a la opinión de los extranjeros. Un ejemplo se me impone ahora.

Recientemente se ha publicado en México, y por cierto no sin aplauso, un libro que intenta referirse a la cultura olmeca, en el cual, ~~el~~ extranjero, <sup>el</sup> autor no hace otra cosa que mostrar una cabal ignorancia fundada en el desprecio, el impudor y la audacia.

Frente a ese libro aparece con cristalina superioridad la obra de Beatriz de la Fuente.

Mientras en aquél se revela a cada paso la ignorancia, en ésta se hacen perceptibles la honestidad y la sabiduría. Los métodos a que uno y otra obedecen, marcan el principio de la diferencia que los separa. El extranjero sigue lo establecido, se documenta en fotografías y materiales indirectos. Antes de emprender su obra magna, Beatriz de la Fuente formó un catálogo exhaustivo de las piezas a que más tarde habría de aplicar sus herramientas de investigadora.

Cada una de las piezas contenidas en ese catálogo, salvo, por supuesto, las que no existen ya, o aquellas inaccesibles,

pasaron por el examen de sus extremados conocimientos teóricos, por el contacto inmediato de sus ojos y sus manos.

Solamente después de realizado el Catálogo de la escultura olmeca en piedra, que le fue camino de indispensable aprendizaje, y que lo es ya para todo aquel que intente conocer esa cultura, Beatriz de la Fuente inició su trabajo Los hombres de piedra.

Aquí las obras, ya vistas, ya tocadas, ya sabidas, fueron asediadas de preguntas, hasta que ellas, como de suyo, respondieron revelando formas de estilo que hicieron posible su ubicación temporal y su integración orgánica en conjuntos de significado.

Y estos conjuntos volvieron a indicar un punto solo: la presencia central del hombre; la existencia humana como valor supremo; la posición espiritual del hombre en cuanto significa por sí mismo y en relación con el mundo, el natural y el sobrenatural.

Y así la cultura olmeca, comprendida por caminos nuevos y seguros, ya definitivamente abiertos para otros, se aclaró en las sumas manifestaciones suyas a que tenemos acceso, encontró sitio propio entre las máximas culturas que el hombre ha producido sobre la tierra, y se convirtió para nosotros en origen de esperanza y conciencia. Los hombres de piedra, de esta manera, es una obra llamada a ser clásica.

La historia del arte, pues, examina en los objetos artísticos las formas sensibles, conductoras del más alto testimonio que el hombre da de sí mismo; las sistematiza y las relaciona en épocas y espacios; establece sus relaciones con el antes y el después, define los rasgos de las culturas donde fueron creadas. Pero su función va muy más allá: es vía de entrada en la creación de valores; es, al descubrirlos, creadora de sentidos, venero de perfeccionamiento moral.

De la historia del arte, su desarrollo, sus métodos, nos ha hablado ahora Beatriz de la Fuente. Y nos ha hablado también del artista, del estilo, de la obra de arte como fundación del conocimiento y de los poderes morales del hombre; habla así porque ha visto en el estudio de esa historia una forma de educación, de integración humana.

Esto, en este momento donde estamos, en este país nuestro, cobra importancia fundamental.

Amenazados en nuestra cultura, en nuestra lengua, en nuestras estructuras éticas, por fuerzas insidiosas y al parecer incontrastables, únicamente de la reconquista, de la afirmación, de la preservación de esa lengua, esa cultura, esa moral, podremos esperar nuestra sobrevivencia como nación; nuestra persistencia, en el valor, de los hombres que somos y debemos ser.

A eso tienden los estudios, la devoción de Beatriz de la

Fuente. La cultura humanista dista de ser mercancía de lujo; es el arma única que nos va quedando.

El espíritu de nuestra cultura es humanista por esencia. Nos llegan en ella los impulsos de Grecia y Roma, del cristianismo, de las culturas previas a la conquista española.

En en estas últimas, particularmente en la preservación y el amor de sus obras plásticas, esos objetos de <sup>purísima</sup> ~~esencia~~ condensación espiritual que, como por milagro, mantienen con sus formas la inmortalidad de los valores esenciales del hombre; es de manera especial en la urgencia de rescatar del pasado en que ellas nacieron, la actualidad y las lumbres futuras del espíritu que nos constituye; es así mismo en la necesidad de que seamos los mexicanos quienes, con el asiduo ejercicio de la admiración y el trabajo, consumemos esa preservación, ese rescate; es en todo eso donde encuentra propicios ámbitos el fervor de creación de Beatriz de la Fuente.

Dentro de tales ámbitos se han desarrollado y han sido nacional e internacionalmente reconocidas, en congresos, en universidades, en sociedades y centros de estudio, sus facultades de investigadora, de creadora y de maestra.

Esperamos que, con la colaboración de ésta<sup>s</sup>, El Colegio Nacional crezca durante años largos y fructificantes.

Dr. Rubén Bonifaz Nuño